

PRIMERAS ACTUACIONES EN FIEBRE AMARILLA

Por el año de 1860 se observa una creciente preocupación de los médicos ante el progreso epidemiológico de la fiebre amarilla. Al comenzar sus actividades la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, e iniciar la publicación de sus **Anales**, se ven numerosos trabajos sobre las observaciones que se realizaban y los sistemas empleados para controlar esta enfermedad que constituía un verdadero azote y una permanente preocupación de la clase médica.

En aquella época, como apuntó el doctor Joaquín Lebreo, se llegó a los siguientes principios: 1) hay una miasma productora de la fiebre amarilla; 2) la fiebre amarilla es una enfermedad inoculable; 3) la fiebre amarilla es contagiosa.¹

No se lograba saber cómo se inoculaba y cómo era contagiosa. He ahí el enigma. Todos trataban de llegar a una conclusión, pero sin éxito positivo. Tanto en Cuba como en los Estados Unidos y en otros países de Europa, se laboró intensamente para el mejor planteamiento y solución del problema. En las propias discusiones de la Academia de Ciencias se presentaban numerosos trabajos, se hacían múltiples hipótesis acerca de la fiebre amarilla, sin llegar a conclusiones concretas y positivas. Entre tanto el “vómito negro” continuaba su trayectoria fatídica, sembrando la desolación y la muerte.

“Finlay —como afirma el doctor Guillermo Lage— casi desde el mismo momento de su investidura médica (1856) y de ejercer en su patria (1857) como “habilitado para ello”, se desvió por conocer los arcanos misteriosos que regían inexorablemente la ley morbosa del tifus amarillo (1858). Hombre de su tiempo, no podía Finlay sustraerse a los conceptos de medicina que privaban en el pequeño mundo médico de La Habana, reflejo fiel de los importados de Francia ya que la influencia de la escuela francesa en la medicina cubana era única y decisiva. No podía Finlay desprenderse, en su labor investigadora, de lo que en su tiempo se pensaba como básico y esencial.”²

Cree al principio que la transmisión del mal está en la atmósfera. Así lo apunta en sus trabajos iniciales sobre las investigaciones de la fiebre amarilla, predominando en él esa creencia sostenida por los médicos de la época hasta que en el año de

1879 llegó a La Habana una comisión oficial de los Estados Unidos enviada a Cuba por el Servicio de la Sanidad Americana, para hacer estudios sobre la fiebre amarilla. Integraban esa comisión los doctores Stanford E. Chaille, como presidente; George M. Sternberg, secretario y bacteriólogo; Juan Guiteras Gener, patólogo Coronel Thomas S. Hardy, ingeniero sanitario y el estudiante Rudolph Matas,³ como escribiente y el señor Abraham Morejón, como auxiliar.⁴

El gobernador general de la Isla de Cuba, General Ramón Blanco designó, entre otros, al doctor Carlos J. Finlay, quien se había distinguido en los últimos tiempos por sus trabajos de investigación sobre fiebre amarilla, para que asesorase a los comisionados norteamericanos y les prestase toda cooperación en nombre del gobierno de España en la Isla.

Así inicia sus labores sanitarias oficiales el doctor Carlos J. Finlay el año 1879. Su labor, en contacto diario con la Comisión Médica Americana que presidía el Dr. Chaille, resultó de gran importancia para el Dr. Finlay, pues adquirió una nueva técnica en cuanto a la proyección de las investigaciones sobre la fiebre amarilla. La comisión, a pesar de los grandes estudios realizados, no tuvo éxito alguno, como muy bien afirma el doctor Juan Go-vea Peña,⁵ pero sí desviaron su punto de mira en cuanto a buscar la contagiosidad de la enfermedad en la alcalinidad de la atmósfera.

La Conferencia Sanitaria Internacional fue convocada para el mes de Febrero de 1881, teniendo como sede la ciudad de Washington. Todos los países fueron invitados a enviar una delegación médica a la misma y el gobernador general de la isla de Cuba, de acuerdo con las Reales Ordenes de Octubre 25 y Diciembre 15 del año de 1880, designa al doctor Carlos J. Finlay para que representara en ese congreso a las islas de Cuba y Puerto Rico. La delegación también estaba integrada por el delegado de España, el doctor Cervera, y el doctor Amado, ministro de España en los Estados Unidos.

En dicha reunión, de carácter internacional, se presentó por el doctor Cervera una moción, que también fue firmada por el doctor Finlay, en la que, ante la permanente pugna científica sobre la fiebre amarilla entre contagionistas y anti-contagionistas, se pedía una resolución favorable para poder llevar a cabo¹ investigaciones científicas sobre dicha enfermedad.

Y este fue el instante que aprovechó el doctor Carlos J. Finlay para hacer la primera declaración pública del resultado de sus estudios, investigaciones y experimentos sobre la fiebre amarilla, que ya constituían la base sólida de su gran descubrimiento., al decir:

“Deseo explicar por qué he firmado al mismo tiempo el proyector del doctor Cervera y del doctor Amado. Es que considero urgente la adopción por esta Conferencia de resoluciones favorables a la investigación científica de la fiebre amarilla y estimo, además, que cualquiera de esas medidas que fuese aceptada constituiría un gran paso de avance hacia el logro de nuestras aspiraciones sanitarias”.

Hace una pausa breve el doctor Finlay y continúa su discurso:

“Sin entrar en consideraciones técnicas que no serían del caso, y simplemente como ejemplo que haga palpable, por decirlo así, la necesidad de la investigación solicitada por los doctores Cervera y Amado, séame permitido recordar a mis colegas presentes este hecho: que las medidas sanitarias generalmente aconsejadas en la actualidad para impedir la propagación de la fiebre amarilla, están basadas en un modo de considerar esa enfermedad enteramente en desacuerdo con un número considerable de hechos observados. Tenemos, por una parte, a los contagionistas y, por otra, a los anti-contagionistas, cada cual esforzándose en negar el valor de los hechos presentados por el partido contrario en apoyo de su opinión... Pues bien, señores, declaro imposible para nadie que con ánimo imparcial examine los hechos aducidos, que no llegue a esta conclusión: que un gran número de las pruebas que abonan unas y otras de esas dos opiniones deben aceptarse como perfectamente auténticas; conclusión que conduce necesariamente a esta otra consecuencia, que **es preciso admitir la intervención de una tercera condición independiente para poder explicar esas dos categorías de hechos.**”

“Mi opinión personal —dice Finlay— es que tres condiciones son, en efecto, necesarias para que la fiebre amarilla se propague: 1) la existencia previa de un caso de fiebre amarilla, en un período determinado de la enfermedad; 2) la presencia de un sujeto apto para contraer la enfermedad; 3) **la presencia de un agente cuya existencia sea completamente independiente de la enfermedad y del enfermo, pero necesaria para transmitir la enfermedad del individuo enfermo al hombre sano.**”

Y terminó con esta afirmación:

“Esto, me dirán, no pasa de ser una hipótesis, y así lo entiendo; mas lo creo plausible y tiene, por lo menos, el mérito de explicar cierto número de hechos hasta ahora inexplicables por las teorías actuales. No necesito más, supuesto que mi único objeto es demostrar que si mi hipótesis u otra análoga llegase a realizarse, todas las medidas que hoy se toman para detener la fiebre amarilla resultarían ineficaces; toda vez que se estaría combatiendo las dos primeras condiciones en lugar de atacar la tercera, **para destruir el agente de trasmisión o apartarlo de las vías**

por donde propaga la enfermedad. Ya véis, señores, cuánto nos importa estudiar a fondo esta cuestión, si no queremos extraviarnos recomendando, con la mejor intención, sin dudas, medidas que no han de alcanzar el fin que nos proponemos.⁶

Como Finlay no dijo en su declaración en la Conferencia Internacional Sanitaria de Washington, cuál era el agente intermediario, los delegados no prestaron mucha atención a sus palabras y las estimaron como una de las tantas hipótesis que se lanzaban por aquella época, pero sin base alguna de experimentación.

Pero ya Finlay había apuntado las bases de sus experimentos y de sus investigaciones. Primero pensó que fuera la atmósfera el medio de transmisión. Al hacer la afirmación de un tercer agente independiente, ha desechado la hipótesis de la atmósfera, para designar enfáticamente otro vehículo transmisor. Pero no se aventura a denunciarlo todavía.

Está seguro de su existencia, mas esta convicción sola no interesa a los delegados.

No preguntan, ni piden aclaraciones, ni desean más detalles. Finlay ve en esa actitud indiferente la poca fortuna de su teoría si es presentada sin la prueba científica concluyente. Como dice el doctor Francisco Domínguez Roldán: “Poca atención se prestó a esta declaración que era, sin embargo, muy importante, dado que, en los momentos en que Finlay la formulaba, sabía muy bien a qué agente se refería. Diré más: ya se habían disipado todas sus dudas, y estaba seguro de que era el mosquito el que servía de intermediario, en la transmisión de la fiebre amarilla, y el tipo particular de mosquitos que efectuaba esa transmisión lo había fijado y luego estudiado durante todo el año de 1880; pero, hombre prudente, consciente de su prestigio y, sobre todo, poseedor de un concepto científico perfecto, prefirió dejar para más adelante la divulgación del nombre del **Culex Mosquito** en su empeño de llevar a cabo previamente algunas experiencias comprobatorias que la precipitación de su viaje a Washington le habían obligado a diferir.”⁷

Carlos J. Finlay al regresar a La Habana, siguió trabajando en sus experimentos e investigaciones basadas en el mosquito como el agente de transmisión de la fiebre amarilla.

“No nombré el mosquito —dice el propio Finlay—, en aquella ocasión, reservándome hacerlo después que yo hubiese realizado un experimento total que tenía proyectado. Proyecto que realicé cuando regresé a La Habana, valiéndome del eficaz auxilio de mi amigo y colaborador el doctor Claudio Delgado, sin cuyo apoyo no hubiera persistido tantos años en la defensa de

una teoría que únicamente suscitaba dudas y sarcasmo entre mis colegas.”⁸

He ahí la enorme importancia precursora de la técnica investigadora y del genio de Finlay, trazando un camino de luz que los demás médicos no acertaban ni siquiera a entrever. Ni aún otro genio esplendoroso, Pasteur, en Francia, había podido arrancarle su secreto a la terrible epidemia de la fiebre amarilla.

En efecto, cuando la teoría microbiana de Pasteur se estaba abriendo paso a brazo partido, Finlay en Cuba levantaba la teoría de su grande, laborioso y genial descubrimiento de igual base científica. Estos penoso trabajos de investigación estaban dirigidos a un solo fin humanitario: descubrir las causas de la fiebre amarilla impulsado por el noble afán de evitar la enorme mortandad que provocaba.

Casi en aquellos mismos días, en 1876, Pasteur escribía a su esposa sus pesimistas impresiones sobre la fiebre amarilla, y le decía en uno de sus párrafos: “¡Dios quiera que encuentre algún micro-organismo específico en esas desdichadas víctimas de la ignorancia médica! Después sería verdaderamente hermoso poder transformar el agente de la enfermedad en su propia vacuna. La fiebre amarilla, el cólera y la peste son las enfermedades más graves conocidas. Has de saber, por lo demás, que ya es mucho poder plantear el problema en estos términos.”⁹

Pasteur, ¡el inmenso Pasteur!, nada encontró en la lucha contra ese flagelo terrible; mientras, en esta isla antillana, un sabio cubano le arrancaba a la Naturaleza el único secreto que le ha sido revelado al hombre: el medio de la transmisión.

Después de Finlay y a pesar de todos los estudios realizados hasta el momento presente, de fiebre amarilla sólo sabemos que se transmite por el mosquito y de determinada especie —*Culex o stegomyia fasciata*— según la teoría irrefutable de Finlay expuesta en el año de 1881, porque, como dice Anthony Standen en su obra *Los insectos invasores*: “el organismo que la origina es todavía desconocido”.¹⁰

N O T A S

- 1 **Anales de la Academia de Ciencias**, tomo I.
- 2 Lage, Dr. Guillermo, **Controversia sobre el descubrimiento de la fiebre amarilla**. (Premio “Finlay-Delgado” de la Asociación de Dependientes, 1947.)
- 3 El doctor Rudolph Matas es uno de los norteamericanos que más labora por el mantenimiento de la gloria de Finlay.
- 4 Esta fue la primera comisión americana que vino a Cuba a estudiar la fiebre amarilla y en ella figuraba un ilustre médico cubano el doctor Juan Guiteras Gener, en aquella época médico del Marine Hospital y profesor de la Universidad de Filadelfia.

- 5 Govea Peña, Dr. Juan, **Carlos J. Finlay: un sabio, un descubrimiento y una injusticia.**
- 6 **Trabajos selectos del Dr. Carlos J. Finlay.**
- 7 Domínguez Roldán, Dr. Francisco, **Carlos J. Finlay. Su centenario. Su descubrimiento. Estado actual de su doctrina.**
- 8 Actas y Memorias del III Congreso Pan-Americano celebrado en La Habana.
- 9 Vallery-Radot, R., **La vida de Pasteur.**
- 10 Standen, Anthony **Los insectos invasores.**

